

temas de
in-fan-cia
educar de 0 a 6 años

ROSA SENSAT

Ángeles Abelleira Bardanca
Isabel Abelleira Bardanca

El latido de un aula infantil

Elogio de la cotidianidad



Octaedro 

2^a
EDICIÓN

InnovArte Educación Infantil

Ángeles Abelleira Bardanca

Isabel Abelleira Bardanca

**El latido de
un aula infantil**

ELOGIO DE LA COTIDIANIDAD

OCTAEDRO-ROSA SENSAT

TEMAS DE INFANCIA, núm. 42

Título: *El latido de un aula infantil. Elogio de la cotidianidad*

Autoría: Ángeles Abelleira Bardanca / Isabel Abelleira Bardanca

Ilustración de la cubierta: Leandro Lamas

Fotografía de las autoras: Noire et Blanche <<http://www.noireetblanche.com>>

Imágenes: Las experiencias recogidas en este libro fueron realizadas en la EEI Milladoiro y el CEIP A Maía de Ames (La Coruña).

A lo largo del texto, aunque tratamos de emplear un lenguaje no sexista mediante términos genéricos o incluyendo los dos géneros, en ocasiones usamos las formas correspondientes al género masculino con valor genérico — niños, maestros...— para referirnos a ambos sexos, con la finalidad de no entorpecer el discurso en exceso.

Primera edición (papel): marzo de 2020

Segunda edición (papel): enero de 2021

Primera edición (epub): diciembre de 2021

© Ángeles Abelleira Bardanca, Isabel Abelleira Bardanca

© De esta edición:

Ediciones Octaedro, S.L.

Bailén, 5 — 08010 Barcelona

Tel.: 93 246 40 02 — Fax: 93 231 18 68

www.octaedro.com

octaedro@octaedro.com

•

Associació de Mestres Rosa Sensat

Avda. Drassanes, 3 — 08001 Barcelona

Tel.: 93 481 73 81 — Fax: 93 301 75 50

redaccioinfancia@rosasensat.org

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Diseño y producción: Ediciones Octaedro

ISBN (papel): 978-84-18083-50-1

ISBN (epub): 978-84-19023-04-9

Diseño y realización: Ediciones Octaedro

A Casilda, Julia, Manuel, Mateo y Olivia, nuestros sobrinos, que nos reajustan cada día con su despreocupada sinceridad.

Con todo nuestro agradecimiento a las personas amigas que nos enriquecen con lo que les hace latir su corazón.

Sumario

Prólogos

Bosque Protector: Corazón de Oro

BEATRIZ TRUEBA MARCANO

Toda una corazonada

MARI CARMEN DíEZ NAVARRO

Introducción. El cardiograma

- 1.Lo sencillo y lo cotidiano, sístole y diástole de la praxis docente
- 2.El corazón de un grupo
- 3.Entre la escuela hipotensa y la escuela hipertensa
- 4.El marcapasos
- 5.Veinticinco corazones diversos
- 6.Bombeando vida a la comunidad
- 7.Con el fonendoscopio en la oreja: la evaluación
- 8.De infantil a primaria sin *bypass*

9. ¿Qué hace latir el corazón?

10. Los latidos

I. ¿Quién soy? ¿Cómo soy? ¿Qué me gusta?

II. ¿Qué hago (en familia)?

III. ¿Qué cuido?

IV. ¿Qué me pasa?

V. ¿Qué como?

VI. ¿A quién quiero?

VII. ¿Qué pasa a mi alrededor? ¿Qué celebro?

VIII. ¿Qué me mueve?

IX. ¿Qué apporto?

X. ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy?

11. El éxito del trasplante

12. Donde el corazón te lleve (sin perder el norte)

Epílogo

Tempo, tempo, tempo...

TAIS ROMERO

Una escuela hecha de preguntas

TAIS ROMERO

La teoría emerge de la práctica

ALEJANDRA DUBOVIK

Bibliografía inspiradora

Enlaces web para ampliar información de
las experiencias

Las autoras

Índice

Prólogos

Bosque Protector: Corazón de Oro

BEATRIZ TRUEBA MARCANO

Maestra, historiadora del arte y formadora del profesorado

Observar imágenes de la selva amazónica hace cincuenta años y compararlas con las del presente produce de inmediato la visión de la pérdida de masa forestal, de ausencia de arbolado, de zonas vacías, deforestadas. Y se toma conciencia enseguida de la desolación, de la ausencia. Se percibe el problema.

No obstante, si un observador por primera vez viajase en helicóptero por la Cordillera Cantábrica, advertiría un paisaje verde y compacto. No sentiría pérdida alguna, percibiría una masa verde unificada y no sería consciente de una carencia real y creciente que de hecho se da. Los eucaliptos han sustituido al bosque original, y de un modo silencioso han tomado el terreno. Hay una ausencia dramática de ese bosque primigenio de hayas, robles, avellanos, abedules, acebos... Pero desde lo alto no se percibe. Los eucaliptos, a modo de sucedáneos, sustituyen el verdadero bosque, anulan la diversidad, absorben la

riqueza del suelo, lo empobrecen y lo simplifican. Y, lo que es aún peor, tapan los huecos y hacen olvidar la pérdida.

Del mismo modo, en la sociedad actual, en las relaciones humanas, sociales, personales y colectivas y en ámbitos diversos, se está produciendo una sustitución de lo real, auténtico, vital, de lo que nos hace únicos, por sucedáneos de experiencias globalizadas, homogéneas, virtuales, ficticias... Y, como ya dijo el gran Ramón Gómez de la Serna, «¡ay del día en que todos los sustitutivos se hayan vuelto insustituibles!».

La educación no es ajena a este fenómeno preocupante que avanza de un modo invisible a nuestro alrededor. Las necesidades reales de la infancia, de niñas y niños, están siendo suplantadas. Y esto no solo ocurre en el campo de lo tangible, lo material, lo medible, sino que se produce en especial —lo que es todavía más grave— en el terreno del patrimonio inmaterial: la cultura, el juego, las tradiciones, las relaciones, la comunicación, etc. Jugar ya no es jugar; los tiempos largos que crecer requiere están siendo invadidos por juegos virtuales, la estimulación precoz entre los más pequeños expolia el tiempo de infancia y la imposición de tradiciones que nos son ajenas van avanzando por todas partes.

Por todo ello y mucho más, la lectura de este nuevo libro de las hermanas Abelleira nos depara algo tan valioso, tan necesario y tan prioritario. Porque es una llamada a lo auténtico, a lo real y verdadero, a lo que reside en nuestro corazón, lo que nos mueve y conmueve en sintonía con nosotros mismos, los demás y con el mundo que habitamos. Nos recuerda —con un estilo directo y claro, provocador e inspirador—, ya desde la primera línea, el sentido real de nuestro trabajo, de nuestra vocación, y nos ayuda a diferenciar y separar la paja del grano.

Los sucedáneos se distinguen por ser clones indiferenciados, y este libro valora como un tesoro lo que nos distingue, lo que nos hace diferentes, en lo auténtico y en lo diverso. Es conmovedor, emocionante, esperanzador, sentir y seguir el texto en el que estas autoras, de forma firme, valiente, clara y profesional, abordan la necesidad de recuperar el sentido común para recordar dónde está nuestro centro, nuestro eje, nuestro foco: en los niños y niñas, que son el fin de nuestro quehacer, el compartir juntos sentimientos, afectos, aprendizajes por los cuales sentimos que existimos. Para conocernos a nosotros mismos, saber de lo cotidiano, de lo que nos es próximo, de lo que nos rodea y de quienes nos rodean.

Hay niños de infantil que han oído hablar de la psicótica vida de Van Gogh o sobre esperanzas, famas y cronopios, pero no saben cómo se llama su padre o su madre, el número de casa donde viven, la talla que llevan de ropa, abrir un yogurt o mondar un plátano.

Partiendo de una hermosa metáfora como es la fuerza del corazón y sus latidos como motor y centro de lo que nos conmueve, lo que genera vida, este libro es una reivindicación de lo cotidiano como punto de partida. Nos habla del mundo real, del cual cada uno de nosotros debemos aprender de forma diversa, única y diferente. Es una bella lección acerca de cómo abordar una «asignatura» tan seria y esencial como es aprender a vivir y sin embargo tan olvidada en los libros y manuales. Abordarla desde la primera infancia, con la firmeza y pasión que en el libro se nos presenta, entendiendo la seriedad como solo los niños y niñas saben tomarse la vida, con complejidad, con respeto por cada individualidad, con la frescura de abrir las puertas a lo cotidiano, a lo inesperado, y sin perder por ello un ápice de rigor y fundamento. Todo esto y mucho más es sin duda lo que nos vamos a encontrar al leer este libro; el cómo asegurar las bases para un aprendizaje que va a durar toda

la vida. El «Conócete a ti mismo» que ya Platón nos indicaba no está en los temarios y, sin embargo, es el eje esencial que va a determinar cómo vamos a caminar por el sendero de toda nuestra existencia como personas.

La felicidad de aprender del mundo real no viene de fuera. Sale de nosotros mismos y funciona igual que el movimiento de sístole y diástole del corazón: todo surge de nosotros para volcarlo hacia fuera, de donde vuelve a nosotros engrandecido, con mayor complejidad y más rico en experiencias.

Este libro es un abanico múltiple de demostraciones rigurosas, formales y poéticas del camino que está abierto para todos, y nos recuerda que sin corazón nada será posible. Amar lo que uno hace, aprender juntos, ser flexibles, dar lo mejor a quienes lo esperan todo de ti, mirar con esperanza y confianza, querer sin enjuiciar, sin clasificar, sin tasar, supone actuar como guías, pero no como salvadores. Porque cada uno será libre en el camino del autoconocimiento. «Ejercitar el afecto conscientemente», tal como ellas nos dicen, como base de todo aprendizaje, es, y más en los tiempos que corren, un acto de posicionamiento y valentía, supone una bella provocación. Porque la sociedad actual se mueve y oscila entre la frialdad de las relaciones o la sensiblería cursi, sucedáneo de la ausencia de un verdadero corazón.

Como dice el pedagogo Vicenç Arnaiz, para poder tener tensión cognitiva hace falta calma y seguridad afectiva. Nuestro papel, como docentes, es el motor generador de una buena mirada.

La mirada esperanzada de una maestra puede ser determinante para el futuro devenir de un niño o una niña. Si fuésemos conscientes de eso, quizás no perderíamos tanto tiempo formulando ítems, aprendiendo a hacer rúbricas o buscando cómo medir los dominios de competencia.

Si hay palabras que puedan definir la esencia de esta obra, para mí la primera sería *coherencia*, porque conecta y enlaza de un modo magistral el fondo, el pensamiento, con la forma y la acción concreta. Es decir, en el libro se percibe de un modo tangible la cohesión, el engranaje impecable entre el decir, el pensar, el sentir y el hacer, en una demostración de rigor y responsabilidad en el quehacer diario que ennoblece y engrandece nuestra profesión y, después de leerlo, nos reivindica con orgullo, ante nosotros mismos y ante los demás, lo que significa la vocación de ser docente.

Otros términos que para mí caracterizan esta obra son *valentía* y *sinceridad*. Es provocador, inspirador, leer este texto, con toda la fuerza de la palabra consistente, plena de sentido. Nos afirma en el importante rol de nuestro papel como docentes, como catalizador, como referente, como guía, poniendo una bandera en pie: la de nuestra fuerza y acción consciente y activa. Sin ser súbditos ni servidores ni ejecutores de las ideas de otros:

- Ni de las presiones de la etapa de educación primaria, que en ocasiones pretende que los niños pasen una «reválida de infantil», con unos conocimientos que en nada nos conciernen, y ya antes de entrar en primer curso.
- Ni de las editoriales de fichas, con actividades sin sentido, solo al servicio de una ideología unificada, alienante, tópica y mercantilista.
- Ni de las modas, metodologías y actividades lúdico-festivas importadas, desconectadas de nuestro mundo, globalizadoras, externas a nosotros y a nuestro contexto y ajenas a los intereses reales de la comunidad educativa.

Isabel y Ángeles nos alertan y nos ayudan a diferenciar lo falso de lo auténtico, lo externo de lo interno, la forma

hueca y falsa del fondo coherente y pleno de sentido. A distinguir el verdadero corazón que mueve e impulsa de los sustitutos, ñoños, sensibleros, tópicos carentes de sentido que nos rodean y que de un modo sutil e interesado se instalan entre nosotros.

No olvidemos que toda moda o metodología que nos llega desde fuera y se nos vende como innovadora tiene siempre una ideología que subyace sin palabras. Y muchas veces se tiende a adoptarlas sin reflexión previa, bien por falta de tiempo o bien por buena fe. Porque subyace de un modo no verbalizado en nuestro contexto que seremos mejores y más importantes profesionales si nos modernizamos a toda costa con propuestas llegadas de cualquier lugar. Así, se convierte a quienes lo siguen en súbditos y ejecutores de una imaginería abstracta, de vocabulario ampuloso, que mide a la infancia y la restringe a un rasero ramplón, innoble y empobrecido, que no va nunca al fondo de las necesidades auténticas de los niños y jamás explora la múltiple capacidad de un individuo, siempre único y distinto a los demás. En esta obra, las hermanas Abelleira nos instan a no adoptar modas porque sí, sino a reflexionar en profundidad y rigor sobre todo aquello que se introduce en la escuela, a buscar su fondo oculto, su porqué. Y, muy en especial, nos animan a no perder el norte, a seguir al niño y no las programaciones (en una cita preciosa que incluyen de Loris Malaguzzi), a no dejarnos llevar por quienes nos venden espejismos carentes de sentido.

Hay en este libro una llamada a tomar el poder de la escuela, de las profesionales que como educadoras y educadores somos, a empoderarnos en la toma de conciencia y acción intencionada y selectiva de todo aquello que los medios nos hacen llegar. Todo ello para intervenir de un modo crítico. Ser un filtro meditado y protector, un guía

en el camino, para evitar hacer por hacer, en una espiral sin sentido, lo que otros desean que hagamos.

En coherencia con estas reflexiones, nos invitan a ser críticas con un aspecto que también ha sucumbido en muchas ocasiones a la banalización y al artificio. Nos referimos al espacio educativo, llamado el tercer educador. Ángeles e Isabel nos alertan con mucho sentido común de una realidad creciente: el riesgo de convertir el espacio escolar en una hermosa decoración, un mero elemento externo, que vende una buena imagen ante el exterior pero que se puede quedar en eso, en un catálogo de decoración, una simple imagen aparente, que carece del menor significado y se convierte, así, en poco más que un falso decorado casi virtual. No deseo quitar aquí ni un ápice de la importancia que el ámbito del escenario escolar y su intervención profesional tiene, pero debe ser siempre en profunda coherencia con la filosofía educativa. Sí deseo, no obstante, hacer una reflexión sobre el riesgo de quedarse en la apariencia de la mera imagen. Hay un recuerdo emotivo en el libro al hilo de este pensamiento, sugerente y hermoso, a Don Gregorio, el maestro de *La lengua de las mariposas*, que decía que se puede ser docente a la orilla del río, en el monte o en los momentos más íntimos, no importa el dónde, sino el cómo.

Las hermanas Abelleira retoman temas que son clásicos en lo que supone la identidad de nuestra etapa y que han sido nuestro campo de batalla en educación infantil desde hace mucho tiempo, pero de los cuales es necesario hacer una revisión a la luz de las nuevas corrientes tecnócratas imperantes. Ganancias que hace unos años se daban por asentadas en la etapa 0-6, tales como nuestra propia identidad, el no estar supeditada a los objetivos de educación primaria, alejarnos de fichas y libros innecesarios, el acercamiento a paradigmas interactivos,

constructivistas..., todo esto vuelve a estar en entredicho. Expresiones que hace unos pocos años no se verbalizaban, o hubieran hecho enrojecer, hoy se expresan sin tapujos. Todo esto indica que hay un avance silencioso de paradigmas profundamente reaccionarios que, en lugar de ser expresados abiertamente, se nos cuelan sin querer con formas aparentemente inocentes.

Pocas veces tenemos la oportunidad de escuchar hablar de cuestiones tan necesarias de un modo tan claro y con una nueva mirada. Así se tratan asuntos importantes como qué supone programar desde los intereses de los niños y niñas, qué sentido tiene preparar los temas de antemano, la postura acerca de los libros de fichas, qué es trabajar en equipo, la relación con la educación primaria, la relación con las familias, nuestro rol como docentes, el uso de tecnologías, qué significa evaluar, etc.

El rigor y amor al conocimiento es otro de los ejes que me impactan y me hacen reflexionar al leer esta obra. Partiendo de un posicionamiento en el primer capítulo acerca de sus principios de filosofía educativa, de intención y reflexión, en el libro se ofrecen en los siguientes capítulos una multiplicidad de ejemplos de vida y acción diaria de aula. Con ello se realiza una demostración palpable, abrumadora, indiscutible y rigurosa —para aquellos que aún lo dudan— de que la vida no se programa, pero es la fuente por excelencia de todo aprendizaje. Que no hay trampa ni cartón en escuchar la riqueza de lo cotidiano, que no hace falta imponer temas prediseñados, por mucho que se edulcoren con nombres atractivos, infantilizados. Aprender de la vida diaria es dejar y permitir, abrir las puertas a lo que la incertidumbre nos depara, lo que llega a la escuela cada día. Y esto no es improvisar, ni mucho menos ir sobre la marcha sin rumbo ni guía; más bien todo lo contrario. Ángeles e Isabel nos dejan patente que lo importante es

tener claros y acordados unos criterios de intervención y acción que, como un eje, como un abanico de posibilidades, vertebran la acción diaria.

Es sensato y oportuno, tranquilizador, escuchar sus palabras sobre que la norma, la ley oficial de los principios educativos de la etapa, nos avala y ampara, nos protege, y que el texto oficial en nada se contradice con una pedagogía que parte del conocimiento de uno mismo y los demás. Nada mejor en tiempos oscuros que buscar la protección de la teoría y el texto fundamentado. También nos traen a la memoria el lúcido informe Delors escrito allá por el año 1996: aprender a conocer, a ser, a vivir, a hacer. Lo que ha vulnerado estos principios, sin embargo, han sido los «requerimientos documentales sobrevenidos». Externos, artificiales, que sustentan una filosofía educativa ramplona, retrógrada, que no se sabe de dónde ni de quién procede, fuentes documentales inciertas o inexistentes que solo persiguen el adiestramiento, el control y la homogeneización.

Como nos dicen las autoras con hermosas palabras, «el hilo conductor de la didáctica infantil no puede ser ni el arte, ni la música, ni la literatura, ni las emociones, ni las áreas, ni las competencias, ni las matemáticas ni la lengua. El verdadero eje debe ser el conocimiento de sí mismos y de los demás, del lugar que habitan y de lo que en él sucede».

El libro es un raro tesoro, también, por narrar, describir con todo lujo de detalles, el suceder del día a día en el aula. Es una delicia leer y seguir el trayecto cotidiano, los avatares e intereses diarios de un grupo de niños y su maestra, las dudas, las mil preguntas, un mundo —el nuestro— poblado de temas fascinantes: las huellas en el suelo, la primera palabra pronunciada, las posturas del dormir, lo que llevamos en los bolsillos, los mapas de los viajes, buscadores de versos en las calles, el compañero

ausente, la rosa de los vientos... Un sinfín de propuestas que nos mueven a utilizar todos los medios al alcance para satisfacer el deseo de conocer y saber, a convocar a todos los lenguajes expresivos, lo objetivo y subjetivo, concreción y abstracción, a ser científicos y artistas, a admirar la poesía, el sabor de una fruta, una melodía o el aroma del pan, en perfecta armonía con la verificación y comprobación en tablas, mapas e interpretación de guías en una y mil experiencias diversas.

En la línea de los diarios de aula, como hace Paulo Freire, Mario Lodi y nuestra querida amiga Mari Carmen Díez, con quien tengo el placer de compartir este prólogo, se describe el vivir cotidiano para mostrar cómo lo inesperado, lo casual, entra y fluye por el sistema venoso del corazón de la escuela, para nutrirlo de pasión y seriedad, conocimiento, redes, afectos; en definitiva, para enriquecer y llenar de complejidad y rigor, de razón y corazón, el fluir de la vida diaria en una escuela infantil.

En épocas precedentes, las maestras y maestros sabíamos distinguir lo retrógrado, los paradigmas de escuela conservadora. Hoy, estos sectores, revestidos de tecnocracia, se han vuelto aviesos, astutos. Es necesario estar más alerta que nunca, pues el sucedáneo y el falso corazón están a la vuelta de la esquina. Hacen propias palabras de grandes pedagogos para vendernos como buenas acciones de expolio a la infancia. Saben escamotearse, se esconden bajo disfraces de aparente modernidad. Los paradigmas positivistas, de ideología liberal, están entre nosotros y, como en el cuento, son lobos disfrazados de abuelita, o quizás son los hombres grises de Momo, que nos venden edulcorado un sistema que nos dice qué hacer con nuestro tiempo y con nuestra vida. La ausencia de juego, la competitividad y la vida artificial son sus emblemas. Cuando escuchamos, con aparente

inocencia, lo positivo que resulta para un niño pequeño aprender cuanto antes en la escuela competencias propias de los adultos, temas que le son ajenos, para que cuanto antes se revele como un gran deportista, músico o pequeño empresario, programador de informática..., ¡es tan fácil caer en la trampa! Y quizás pensemos: «¿Por qué no? ¿Por qué no cuanto antes? Si se lo pasan muy bien». Recordemos, sin embargo, que el tiempo suplantado es tiempo robado a la infancia, el tiempo feliz para perderlo ganándolo, para ser uno mismo en toda la libertad, sin límites ni fronteras sobre lo conveniente o lo oportuno. Ese tiempo, si no se concede, no regresará jamás. Y tendrá graves consecuencias en la esencia futura e irre recuperable de lo que nos hace humanos.

Este libro es un faro, una brillante luz en tiempos de claroscuros, una ayuda para no perder el foco. Va dirigido tanto a profesionales que comienzan y pueden sentirse perdidos entre tal avalancha de propuestas de todo tipo como a profesionales experimentados que pueden temer estar perdiendo el hilo si no se acomodan a lo tecnológico, global, a las presiones del entorno social y mediático.

Es, además, maravillosamente tranquilizador leerlo, porque uno recupera de inmediato el sentido común, la sencillez, la calma y la seguridad de seguir el camino de la luz, el amor y la belleza: el camino del corazón.

Asistimos con desolación a un intento de deforestación de la infancia. La mejor etapa de una persona pretende ser sustituida de forma lenta, paulatina, por artificialidad, mercantilismo, experiencias clonadas, anulando la prioridad de las experiencias reales, de la vida con mayúsculas, de las experiencias conectadas al corazón. El afán competitivo está terminando con la interrelación. Y eso no pasa solo entre los equipos educativos; también se está trasladando entre los propios alumnos. Se está olvidando que educar y afirmar en la diferencia crea una suma de colectividad rica,

y que el grupo a su vez es único y diferente a otros. Cuando el hidrógeno compartió sus experiencias con el oxígeno fue cuando tuvimos agua; ese fue el principio de una gran amistad que creó la vida, y dura hasta nuestros días.

Solo si somos conscientes de este expolio podemos ponerle un freno, desde nuestra posición fuerte y profesional como educadoras, educadores, pedagogos, artistas, familias, en definitiva, como personas de buena voluntad y corazón fuerte que de un modo u otro están conectadas al mundo de la infancia. Con una acción consciente, transgresora, meditada y activa en pro de la vida y de lo que nos hace humanos: el amor, el aprendizaje, la curiosidad y la belleza. Apostemos por ello.

En el año 2000, en la selva amazónica de Ecuador, debido a la incesante deforestación que se estaba dando en un área y para proteger los recursos, se creó el proyecto Bosque Protector: Corazón de Oro. Es el título de este prólogo, en una conexión de resonancia con los vínculos que esta metáfora nos ofrece para nuestra profesión. Con la voluntad y el conocimiento se regenera el bosque.

Gracias, Isabel; gracias, Ángeles, por este libro de riqueza deslumbrante, por vuestro compromiso con la infancia. Por vuestro corazón de oro. Gracias por recordarnos el camino de la verdad.

Toda una corazonada

MARI CARMEN DÍEZ NAVARRO

Maestra, psicopedagoga y escritora

Tenía la corazonada de que el libro iba a gustarme, y así ha sido. Desde la portada hasta el punto final. Desde el sugerente y metafórico índice hasta la profundidad de su contenido. Desde mi deseo de oír cosas nuevas hasta la satisfacción de compartirlas.

Y es que el zaguán de la nueva casa de Ángeles e Isabel Abelleira invita a muy buenas cosas: a entrar, a disfrutar, a recuperar la vida cotidiana en las aulas de educación infantil a partir de lo que nos hace latir el corazón, y a estrenar una rebeldía que imprima vida y transforme las dinámicas de rutina o tecnologización exagerada que pueblan algunas escuelas.

Cuando me escribieron mis queridas Abejitas Tejedoras (así llamo a las autoras) para pedirme el prólogo a este segundo libro dije enseguida que sí, más que nada para poder leerlo de inmediato, degustarlo y aprender de él, como me pasó con *Los hilos de infantil*. También para volver a sentirme incluida en el grupo formado por autoras, ilustrador y prologuistas. Un grupo que escribe, dibuja, fotografía y canta la educación infantil con un ritmo común y con una letra decidida y potente: el deseo hacia el bienestar de los niños. No me importó repetir, estaba segura de que el libro aportaría novedades y sabía que el trabajo y la fuerza de estas maestras convocarían de nuevo

mi admiración, mi asombro y mi sonrisa. (Polinizan muy bien.) Además, realizar esta tarea de explicar mis impresiones junto a mi buena amiga Beatriz Trueba me supuso un aliciente adicional. Todo eran ventajas.

El título dice: *El latido de un aula infantil*. Y con razón, porque es un texto que te late entre las manos, que te llama a la puerta del «piso de abajo», que se te mete muy adentro. El subtítulo también es bonito y significativo. Se postula como un elogio a la cotidianidad, aunque yo diría que sobre todo a quien elogia es a la niñez, con sus necesidades, sus características, su vitalidad y su esperanza.

Página a página se desgranar en el libro las maneras que tienen estas dos maestras sensibles y apasionadas de entender y de vivir el acompañamiento a los niños en la escuela. Lo que cuentan es tan posible, tan real y tan cercano, que incluso si los niños no salieran en las fotos podríamos imaginárnoslos perfectamente preparando esos almuerzos tan estéticos como saludables, pesando el aire del pan, comparando el color y la forma de los crisantemos, haciendo libros de poemas, pintando cuadros blancos o esparciendo piedras para encontrar el camino hacia la escuela.

El libro empieza con fuerza, de hecho ya en los primeros párrafos a mí me dio una especie de vuelco el corazón. Eso de ir nombrando uno a uno a los niños, cariñosamente, con detalles de sus vidas, de sus formas de ser y de las costumbres de su entorno familiar, me atrapó sin remedio. De modo que así de sencillamente, al más puro estilo Abelleira, son incorporados desde el renglón inicial los verdaderos protagonistas. Con sus nombres, sus palabritas gallegas, la descripción del ambiente de los lunes por la mañana y la explicitación de la riqueza de tanta energía vital y relacional desplegándose y poblando la escuela.

En la primera página hay un punto que no quiero pasar por alto, y es cuando, en apenas unas frases con apariencia de recuento de recursos, Isabel y Ángeles hacen una declaración de principios que nos saca de lo acostumbrado e introduce una forma de estar en la escuela dulce, incluyente y amable. Así lo dicen ellas: «Veinticinco niñas y niños, con gustos y vivencias diferentes, y al menos cinco personas adultas de paso (apoyos, especialistas, la señora de la limpieza y la conserje), además de la tutora, reunidas cinco horas cada día cinco días a la semana durante tres años dan lugar a una combinación de conocimiento única e irrepetible».

Y yo me pregunto: ¿desde cuándo se nombra a la señora de la limpieza, a la conserje, a los apoyos o a los especialistas en las narraciones escolares? ¿Desde cuándo se considera su labor como parte significativa del grupo que cuida y acompaña a los niños? ¿Desde cuándo la educación se ensancha para contener la atención, la experiencia y el saber de todas las personas adultas que están compartiendo con los niños sus procesos educativos? Es tanta la belleza y la humanidad de este planteamiento que deberíamos aprender de lo que no deja de ser algo natural, pero que está bastante contravenido en la realidad cotidiana, en la que a estas personas apenas se les da lugar.

En el capítulo inicial hay una enumeración de las múltiples maneras de actuar en las aulas de educación infantil actuales, y es tan copiosa y estrafalaria que solo leerla asusta. También hay una crítica a los llamados proyectos de trabajo cuando son comprados, secuestrados o trucados por intereses que no siempre son de los niños. Y sobre todo hay una afirmación clara: «No todo cabe en un aula de educación infantil». «Que un niño sepa más de dinosaurios que de su propia familia es, como mínimo, algo que escapa de la lógica y de la necesaria preparación para

la vida», comentan las autoras. Y nombran la frase de Malaguzzi: «Si hacemos cosas reales, también son reales sus consecuencias».

Al leer esto he pensado en Ruth Albarracín, una maestra colombiana que tengo la suerte de conocer y admirar. Un día, allá en Bogotá, me contó que, a la vez que trabajaban el arte contemporáneo y preparaban los bailes de Carnaval, les estaba enseñando a sus alumnos de cinco años a lavarse los pies. «Les hará falta saberlo en un futuro próximo y considero que ocupar algunos ratos en esto es también una buena tarea». Y estoy de acuerdo con ella.

En este sentido hay en el texto que nos ocupa una serie de actividades que me parecen de lo más útil. Tareas corrientes, caseras, cotidianas, que Ángeles e Isabel rescatan del anonimato y trabajan con los niños, regalándoles explicaciones y tiempo para la práctica con el fin de que se vayan animando a hacerlas con gusto y creciente competencia. Doblar la ropa, desgranar guisantes, medir, pesar, cortar el pan, aprender a colgar cuadros utilizando el nivel, usar el mapa. Y tantas más. ¿Por qué será que no damos suficiente importancia a estas cosas, que dan autonomía, seguridad y satisfacción a los niños?

Por otra parte, los razonamientos que vierten las autoras sobre la rigidez de la programación previamente hecha y la diferencia con el trabajo abierto y vital que se realiza cuando surge de los niños me han hecho identificarme y mucho con sus planteamientos. Así como otras reflexiones que van comentando acerca de espacios, organización, metodologías, materiales, trabajo en equipo, clases paralelas... Sobre este último tema, me han venido al pensamiento algunas preguntas que me han sido formuladas recientemente en actividades de formación acerca de la conveniencia o no de llevar el trabajo de las

clases en dinámica de uniformidad total con las compañeras paralelas.

Suelo responder a esta cuestión recitando una definición que aprendí de niña: «Las líneas paralelas son aquellas que, por mucho que se prolonguen, nunca se encuentran». Y transmito a las compañeras que es mejor escuchar a los cincuenta niños de las dos clases implicadas que a una única compañera, por mucho que nos guste trabajar con ella. Los niños y niñas de cada aula son distintos, así como las dinámicas, preferencias y circunstancias de las clases, y considero prioritario atender a esas realidades. Los niños van primero, como dice el dicho... y las hermanas Abelleira.

En cuanto al trabajo de introducir a los niños en el uso de los símbolos y las representaciones gráficas, debo decir que pocas veces he visto algo tan riguroso y exhaustivo en clases de educación infantil. De hecho, en cualquier emprendimiento que llevan a cabo las autoras se ve la mirada curiosa de los niños pero bien sustentada por un trabajo serio de significación y representación simbólica: actividades de planos, peso, medida, recogida de información, difusión, uso de números y palabras, etc. Todo ello posibilita el pensamiento, la creatividad, el conocimiento matemático y el lectoescritor, importantes en estas edades. En sus aulas se lee, se escribe, se cuenta, se pinta o se planta por algo y para algo, o alguien. Nada es superficial o sin sentido. No se piensa en quedar bien, sino en que los niños vivan, disfruten y abran su entendimiento y su corazón al saber, al placer y a las relaciones con los demás.

Los diversos apartados del libro incluyen unas cuantas palabras clave que dan acertadas pistas hacia el currículum y pueden ayudar a desconvocar los miedos de algunas maestras a que los niños caigan en las lagunas de la ignorancia. O bien a calmar las ansiedades de «enseñar al

que no sabe» que nos acometen con frecuencia a los maestros. Es como si esas palabras nos fueran orientando: «Si haces esto, estás trabajando tales y tales objetivos».

Señalo especialmente que a lo largo de todo el libro Isabel y Ángeles nos hablan, explícitamente o entrelíneas, de ternura. Sin blanduras o ñoñerías, pero sí con un afecto que se trasluce en cada renglón, hablan de una mirada particularizada a las diferentes maneras de ser, de una escucha a cada singularidad y de un miramiento a todos y cada uno de los niños y niñas con sus señas de identidad, su genuinidad, su nombre, su voz. «El roce hace el cariño», nos recuerdan. ¡Cómo me ha gustado que trabajen con los niños excavando en la arqueología de sus vidas! El primer beso que dieron, la primera palabra que pronunciaron, sus nombres, sus tallas, sus camas, sus zapatos, su ser y su estar. Aprender de sí mismos, una verdadera «didáctica de proximidad», como dicen las autoras de este libro entrañable.

Me gusta mucho que a los maestros nos llamen *lutieres*; me suena artesanal, cercano, delicado... Dicen ellas que somos lutieres porque vamos construyendo y afinando el instrumento (nosotros mismos) para estar cerca de los niños, comprenderlos, enseñarles, «bombeando vida de calidad a la comunidad», contándoles nuestras propias aficiones, llevándolos a la cultura despacito. Y dicen que: «la mirada esperanzada de un maestro puede ser determinante para el futuro devenir de un niño o niña». Una hermosa forma de describir nuestro quehacer.

No quiero dejar de nombrar aquí la buena y fresca sensación que me ha generado la preciosa portada del libro. Naturaleza, colores suaves sin estridencias y una armonía muy en consonancia con la belleza de la sencillez que propone el texto.

Para terminar diré que, cuando supe el significado del nombre de una de sus escuelas: Milladoiro (o *humilladero*, lugar donde se postraban los peregrinos al ver que estaban cerca de Santiago), pensé que, efectivamente, era un buen nombre para la escuela. Por extensión, no obstante, era un buen nombre para estas dos maestras, que van tejiendo, humildemente, afectos y caminos con sus niños, que se ocupan en verlos medrar y se dirigen hacia esas vidas latientes que se nos presentan cada mañana en la puerta de la escuela con el pelo repeinado, la ilusión a flor de piel y vestidos de un futuro tan próximo... que ya está aquí mismo.

¡Gracias de todo corazón!

Introducción. El cardiograma

No aprendemos para la escuela sino para la vida.

SÉNECA



Álvaro conoce las banderas de casi todos los países desde que las vio en las Olimpiadas, es también un experto en desgranar guisantes y en doblar ropa y cuenta orgulloso

que fue a otro país caminando (cruzó a pie el puente internacional de Tui a Valença). Carlos nos deleita con *beijinhos de coco*, *bolos de banana*, piñas y mangos mientras nos canta las canciones de Maria Bethânia con las que su madre lo vincula a su cultura de origen. Gonzalo va a su pueblo en Zamora donde vendimia, hace mosto, esquía y juega con su perro. Carolina nos trae ombligos de mar (*ollo revirado*) de todas las playas del norte y frutos del huerto de sus abuelos. Alicia y Julia salen casi todos los fines de semana a hacer rutas de senderismo con sus padres, en las que descubren cascadas, playas, bosques y aldeas. Pablo se entusiasma por los faros y los castros; Raúl por las ferias de robótica; Celia y Alba acuden a muchos eventos musicales infantiles; Paula, con su hermana Andrea y primas mayores, pasa de la vida en el campo a la ciudad en un abrir y cerrar de ojos: *milho corvo* (variedad autóctona de maíz negro), raíces de jengibre, huevos verdemar de sus gallinas de Guinea (según ella como los de *La Gallina Azul* de Carlos Casares), entradas de museos y billetes de tren suelen ser sus tesoros del fin de semana.

Los lunes la clase es un hervidero de noticias y descubrimientos que dan lugar a que todos quieran contar y conocer sobre lo que los demás han visto. A veces hay que establecer un orden para poder dedicar tiempo a cada cosa. ¿Cómo obviar este potencial? Sería una estrechez de miras didácticas ignorarlo y continuar con lo programado de antemano, ya revenido. Veinticinco niñas y niños, con gustos y vivencias diferentes, y al menos cinco personas adultas de paso (apoyos, especialistas, la señora de limpieza y la conserje), además de la tutora, reunidas cinco horas cada día cinco días a la semana durante tres años dan lugar a una combinación de conocimientos única e irrepetible. Esto convierte a cada grupo en una república independiente dentro del colegio, aunque haya más

unidades de ese nivel, aunque tengan también veinticinco niños, aunque compartan gemelos y mellizos. Esto es la riqueza de la educación infantil; el disponer de tiempo para que todo se pueda expandir, incorporar, desarrollar, profundizar; eso si no estamos supeditadas a las fichas o a esos proyectos quincenales, mensuales o trimestrales que proliferan como hongos en todas las aulas de infantil, que casualmente se dice que nacen de los intereses de los pequeños pese a que se reproducen fielmente en unas y otras.

Los niños y niñas tienen vidas llenas de experiencias, salen, viajan, visitan, conocen, tienen un bagaje experiencial, que es lo que les vincula con su entorno familiar y de amistades. Ignorarlo o desaprovecharlo es un despropósito porque de partida ya tenemos asegurado su interés, la implicación de sus familias y el componente afectivo, elementos nada desdeñables en el aprendizaje.

Este libro pretende ser un alegato a favor de recuperar la vida cotidiana en las aulas de infantil, un esfuerzo para que los pequeños tomen contacto con la vida real, que por algún extraño empeño se suele reducir a una ficción en la que animalitos de colores chillones conviven con otros ya extinguidos, habitada también por piratas, astronautas, elfos, hadas y personajes Disney, cuando en realidad nuestros niños ven los medios de comunicación, van a hospitales, comercios y participan de la vida social.

Creemos que desde que entran en la escuela hay que facilitarles las claves que les permitirán comprender el mundo en el que viven, en el que vivirán en el futuro, y también ayudarles a construir su historia hacia atrás sabiendo quiénes son y por qué son como son. Partir de lo cercano, de lo que nos toca el corazón, es siempre el punto de inicio de experiencias de vida inolvidables que se